

X PREGÓN DEL COSTALERO DE MÉRIDA

“De vueltas con la esencia de costalero”

Señor presentador; Señor Vicario; Señores Concejales; Señor Presidente de Junta Local de Cofradías de Mérida; Señores Hermanos Mayores y Presidentes de las distintas Hermandades; Señoras/es cofrades... COSTALEROS, COSTALERAS, PORTADORES, PORTADORAS, demás asistentes... SEÑORAS, SEÑORES:

Estimados oyentes:

Agradezco con leal cariño, él lo sabe, la invitación que el señor D. Mario Hernández me ha ofrecido para ser la voz de la X Edición del Pregón del Costalero de Mérida. No deja de ser un atrayente compromiso que, si bien de entrada, traté de exonerar, sin embargo, por la amistad y el respeto que le guardo a este gran conocedor de la semana santa de Mérida, me sentí bajo el imperativo de cumplir lo que caballerosamente me pidió. Y heme, como ustedes ven aquí, dispuesto a lidiar, no precisamente en hora taurina, ni sobre dorada arena, esta papeleta que resulta sensiblemente exigente.

Sin lugar a dudas cualquier rincón de Mérida resulta emotivo. La historia de nuestra ciudad, así como su natural encanto son parte de nuestra identidad. Dentro de estos rincones se encuentra el “Liceo” que, además de ser un atractivo entorno para la celebración de eventos de este tipo, es testigo de las muchas personas que por él han deambulado a lo largo de su vida, y de las muchas conversaciones y tertulias que sus salas han oído. De modo que agradezco encantado la grata hospitalidad y acogida que, en la persona de su Presidente, el Señor D. Luis Villarino, me han brindado hoy. Pasando, así, a formar parte de la historia efectiva de este singular edificio.

Creo que en exceso, se acaba de hacer una presentación del que les habla, que sin humildad, puedo decirles que está sumamente adornada y exaltada. Y es que ya se sabe que la afectividad y la amistad distorsionan la realidad de lo que el alma humana percibe sobre la persona querida. En cualquier caso agradezco tan bonita y entrañable entrada.

Desde luego, soy de los que piensan que lo verdaderamente interesante de una historia es el comienzo y el fin. Toda la trama que queda en medio no deja de ser sino el continente de lo que cualesquiera de ustedes, esta noche, podrían alumbrar con sus experiencias. Con esto quiero decirles que si hoy hay algo significativo aquí es su presencia que llena de contenido esta sala. Bañada, sin duda, por los acordes maestros que los músicos de nuestra Banda Municipal han interpretado e interpretarán al final de mis palabras, siendo corolario definitivo del pregón.

Y... con la venia pertinente, me dispongo a comenzar el “Pregón del Costalero” de este año:

Subido a hombros de gigantes y con la responsabilidad del que sabe el significado de tan singular acontecimiento, adelanto mi dedicatoria a los que antaño me precedieron, sembrando con ello el camino para que hoy, con la ilusión de discípulo, les recuerde en voz alta, haciéndoles presente, esta noche, entre nosotros. Me refiero a los señores:

- D. Ángel Fernández
- D. Mario Hernández
- D. Francisco Miranda
- D. David Vadillo

- D. Emilio Nova
- D. Gerardo Durán (póstumo)
- D. Raúl Calvo
- D. Norberto García-Camarero
- D. Ángel de las Heras

Citados todos en el orden en el que brillantemente dispusieron los pregones pasados.

De igual modo les agradezco a ustedes su presencia, pues créanme que su aliento es estímulo para permanecer aquí, frente a sus ojos, haciéndoles llegar mis reflexiones. Y aunque breve pero intenso, espero no cansarles y aun menos aburrirles. En cualquier caso tendrán siempre la última palabra. Deseo que sean honestos con el hablante a la hora de valorar si las ideas que a continuación oirán les han llegado o no y si han sido o no realmente estimulantes.

Como en todo, cada acción viene precedida de una decisión que consciente o no realizamos. El hecho de que esta noche ustedes hayan decidido acercarse y compartir estos minutos conmigo no es fruto de la casualidad y desde luego tampoco de ninguna fuerza oculta que les ha arrastrado hasta aquí. La amistad con algunos, la curiosidad de otros, el encuentro, emocionante siempre entre camaradas costaleros... en fin, cada uno sabrá su origen y su pequeño compromiso con el abajo firmante.

Cuando fui invitado a pronunciar este pregón, mi primera respuesta, como ya les anuncié anteriormente, fue clara, no. ¡No puedo! Ya hace años que dejé el verdugillo, las horquillas de apoyo, los varaes... en fin, todo eso que ustedes conocen bastante mejor que yo. Y, aunque he estado ligado hasta el año pasado directamente como contraguía al Stmo. Cristo de las Tres Caídas, bajo las órdenes del que me ha enseñado todo y al que considero uno de los mejores capataces de Mérida. No sólo por su labor en la hermandad, si no por su increíble calidad humana: Me refiero al Señor González Cáceres, "Guille". Reconozco que el desgaste de los años, poco a poco, ha vuelto roma la sensibilidad que un pregonero requiere y necesita para llegar a sus corazones.

Así mismo, les anticipo que no les voy a hablar de la semana santa, en los términos en los que lo han hecho los que me antecederon, aunque por el tema que nos ocupa será referente claro. No haré esto porque creo que sería una insolencia y una auténtica falta de decoro hacia los que antaño han sabido hablar de ella y muy bien y yo, les aseguro, no añadiría nada nuevo. De hecho, mi falta de conocimientos certeros me llevaría a disparatar y a barruntar ideas confusas y sin el digno significado que una festividad religiosa y popular como ella requiere. Así mismo, obviaré transmitirles mis vivencias como costalero, pues además de muy desgastadas por los años, esta noche, considero que son ustedes y sólo ustedes los verdaderos

protagonistas. Y es de ustedes, y con su permiso, de quiénes me gustaría conversar. Y digo conversar, porque al fin y al cabo será una comunión entre sus corazones y el mío.

La motivación que a cada uno de ustedes les ha llevado a hacerse costaleros es única, no se repite, es tan personal como el aire que inhalan y exhalan sus pulmones en el momento de levantar sus anhelados “pasos”. Hay tantas maneras de ser costalero como personas. Y eso me lleva a concluir, que no podría hablar de una “esencia de costalero” o de una “naturaleza especial”, si no que, en rigor, debería centrarme en cada uno de ustedes en concreto, si realmente uno quiere ser preciso. Aunque como es previsible, tal ensayo se torna imposible.

Ahora bien, la dificultad de definir qué es ser costalero, y ser costalero en Mérida, no retiene a la mente inquieta, que una vez agujoneada, es como un caballo desbocado tratando de conjeturar y trazar círculos que, poco a poco, vayan delimitando y atisbando rasgos comunes en el asunto que nos ocupa esta noche, el “ser costalero”.

¡Fíjense! No muy bien vista por algunos sectores de nuestra tradición, en exceso ortodoxa, ven con escéptico agrado esta manifestación de fe popular, que en esencia, no deja de ser una expresión religiosa de las gentes del pueblo. Me refiero a la semana santa. Manifestación

religiosa en la que ustedes son parte integrante e importante. A pesar de esta falta de entusiasmo, la semana santa cuenta, de igual modo, con adeptos que, siendo fieles a los dogmas y creencias, mantienen un exquisito amor a lo que ella en definitiva representa, un auto de fe de la Pasión y Resurrección de Cristo que, año tras año, se revive y recrea en sus hombros y cervicales.

De entre los hombres y mujeres que se afanan y laboran para que cada primavera sus hermandades y cofradías tiñan de increíble religiosidad las calles de nuestra vetusta ciudad, surgen algunos héroes, algunos valientes, hombres de fe diría yo, que no impostan personalidades, si no que humildemente son lo que son, sin pretender ser lo que no son. Hombres que, durante todo el año, llevan grabado en el corazón el recuerdo de la última entrada y el deseo de la próxima salida con su imagen sobre sus cuerpos. A estos hombres llamamos COSTALEROS.

Presten, por favor, atención a la situación tan paradójica que les muestro ahora: nos encontramos instalados en unos tiempos confusos, no más que otros, desde luego. En nuestra historia reciente, la progresiva pérdida de valores humanos, espirituales y referentes morales y cívicos, ha llevado a muchas personas a abrazar iconos vacíos de significados pero cargados de intensos y hábiles placeres que adormecen y aletargan la visión trascendental, espiritual y reflexiva de la vida, de la vida

concreta de cada uno de nosotros. Así mismo, nuevas y seductoras creencias y religiones foráneas han ido permeando, lenta pero de manera continua, el panorama social y religioso de occidente, tradicionalmente judeo-cristiano. Esta convivencia de creencias ha precipitado un caudal de nuevas corrientes en la que hombres y mujeres como nosotros se encuentran un tanto desorientados. Y no es que la convivencia de religiones tenga que ser un problema, quizás el problema sobreviene cuando uno no tiene claro lo que quiere sobre su crecimiento espiritual, religioso y personal. A esto añadimos el individualismo feroz que, emulando las dentelladas del lobo, muerde el corazón de las personas haciéndonos ciegos y sordos a los problemas y las necesidades de los demás.

Otro hecho constatable es que la afluencia humana que acudía en masa a las celebraciones litúrgicas diarias, dominicales o festivas se ha visto mermado con el devenir de los tiempos. Ahora bien, esta tendencia a la pérdida de participantes en los actos religiosos no se ha manifestado en el caso de los desfiles procesionales de semana santa. Mitad profana (entiéndase por su parte puramente festiva) mitad religiosa, la semana santa, desde luego, representa un fenómeno curioso. ¿Fenómeno social o fenómeno religioso? Quizás ambas cosas. Es indudable y todos convendrán conmigo que, la “semana de pasión y resurrección”, se eleva como la gran “celebración religiosa popular”, a la que en cierto artículo me referí, allá por los

noventa, en una de las revistas que editaba la entonces Junta de Cofradías. El artículo se titulaba: “El misterio del pueblo”.

No voy a hablarles de ese artículo ahora. Sin embargo, un ligero esbozo es necesario para el desarrollo lineal del pregón ¿A qué hacía referencia aquello? Pues miren ustedes, aquello del “misterio del pueblo” venía a significar lo que la semana santa representa para muchas personas, incluidas para la gran mayoría de los presentes, especialmente para los costaleros. Creo que las religiones tienen sus vías y sus caminos establecidos para que sus fieles profesen de una manera normalizada sus experiencias religiosas. Pero al mismo tiempo soy de los que postulan que la dimensión religiosa es tan grande que, en muchos momentos, las personas pueden abrir nuevas vías que les conduzcan a vivir su religiosidad por otros derroteros, de manera que la experiencia religiosa se manifieste en un descubrimiento continuo y no en una serie de ritos apolillados. Ser cofrade, ser costalero es una de esas formas que si bien poco ajustada a la liturgia ortodoxa en algunos momentos, no podemos por más que respetarla. Esta experiencia religiosa que significa ser costalero, es una forma de atrapar el sentimiento religioso que muchos llevan dentro pero no saben muy bien cómo canalizar por las vías tradicionales. Y puedo permitirme esta licencia al decir lo que he dicho, porque he vivido, convivido y compartido aliento, risas y lágrimas con costaleros de toda índole y

hablado y comentado hasta la saciedad qué les llevó a hacerse costaleros.

Quizás muchos no han caído en la cuenta de esto que he dicho, y es que la vivencia religiosa representa una esfera tan grande, que estimo difícil acotarla en unos canales restringidos. Aun así, no son pocos los que ven en la expresión religiosa popular de la semana santa, en las procesiones, una mediocre y poco ajustada vivencia de lo que la religión católica exige a sus devotos.

Pero ya ven qué paradoja. Las iglesias, a rebosar antaño de gentes, hoy llena de vacantes, se estremecen cuando, en semana santa y sus preliminares, se ven abarrotadas de hombres y mujeres que, ávidos de una fuerza religiosa, declinan sus horas de ocio o familiares en aras de una entrega apasionada a sus hermandades y “pasos”, en aras, al fin y al cabo de una comunidad de personas que comparte una misma creencia, una misma fe, la fe en Cristo. Y la paradoja se vuelve aun más virulenta cuando por una semana, se rompe la cotidianeidad de las calles de esta ciudad y todo lo que es necesariamente profano, se transmuta en una atmósfera que preña las “venas” de asfalto, pavés... por las que ustedes procesionan, en un auténtico “jardín de delicias” de colores, de nazarenos, de perfumado incienso, de cera... un ambiente que descontextualiza el trasiego diario y lo subvierte en pura religiosidad y todo para glorificar popular

e intensamente a Cristo. Imagen de un “jardín”, digna de ser recogida por el mismo El Bosco.

Fíjense qué tendrá ser costalero, que podrán no frecuentar una iglesia, podrán orar, si a caso, a diario mejor o peor, ser más o menos fervientes, o tener su fe más o menos arraigada, o como yo he llegado a conocer, ni siquiera ser creyente. Pero fíjense, que ustedes costaleros, por unas horas son auténticos discípulos de Cristo, en los que todos nos admiramos. Discípulos del silencio, discípulos anónimos, discípulos en el esfuerzo, en la respiración entrecortada del que sufre, en el suspiro que clama al cielo, en saeta que desgarrar el alma de los que nos congregamos para ver la grandiosidad de una fe que sabe manifestarse en la mirada henchida en sangre que el verdugillo nos deja ver en cada uno de ustedes. Son testigos en procesión de una comunidad de fuerzas, un solo espíritu, en el que tal sinergia rompe cualquier conato de individualismo y los convierte en auténtica iglesia en comunidad. Ustedes nos hacen ver la importancia de la unión y del esfuerzo. Ustedes por unos instantes en sus vidas se vuelven un solo cuerpo, un solo espíritu una sola verdad.

Pregúntense esta noche por qué son costaleros. Pregúntense qué les ha llevado o qué les llevó un día cualquiera en sus vidas a tomar la decisión de verse voluntariamente sometidos a tan intenso trabajo.

Pregúntense, si cuando caminan en procesión creen que caminan solos. Y les puedo asegurar que detrás de cada decisión, hasta para los más incrédulos, hay una llamada, una llamada del Mismo que ustedes llevan sobre sus hombros, una llamada de Aquél que quiere mostrarse al pueblo como Hombre vivo en cada uno de ustedes. Por eso ustedes son testigos y discípulos en esos momentos del mismo Cristo. Si el ser costalero se vive así, se experimenta como verdadero discípulo de Cristo, se elimina cualquier referente profano y su esfuerzo se convierte en una plegaria y una oración que se eleva al cielo.

Costaleros, el tesón que demuestran, el anonimato de sus caras, los gestos acompasados de dolor sostenido y mucho más, se convierten para los que desde fuera les vemos en ejemplo y modelo vivo de lo que significa los términos “dolor” y “soportar”. Ustedes son capaces de transmitir al mismo tiempo fortaleza y ternura; miradas frías rasgadas por el dolor de las laceraciones que soportas sus cuerpos y simultáneamente brillos ilusionados de los ojos que, con miradas perdidas, buscan a una madre, a un padre, a un hijo, a un amigo... entre la multitud de perplejos espectadores que, en comunión con ustedes, se sienten parte de su esfuerzo. Quizás ustedes sean

¡Ángeles con grandes alas de cadenas!

como diría el poeta

Blas de Otero.

Por todo esto, costaleros, cuando al salir de aquí en breve, se atrevan a mirar dentro de ustedes y atisben las respuestas que les aclare por qué son costaleros y qué es lo que año tras año con todo lo que ello conlleva, este empeño se mantiene impertérrito bajo sus “pasos”, deberán entender algo nuevo. Y es que ser costalero o portador, como quieran llamarlo, no consiste únicamente en procesionar sus “pasos” por las calles de nuestra emérita ciudad, haciendo alarde y gallardía del sobrehumano esfuerzo que soportan sus espaldas. Que no consiste en levantarse el verdugillo para ser reconocido y para que reconozcan en sus facciones el terrible desgaste que llevan aguantado. Que no se dejan ver, buscando la mirada admirada del público conocido... No, eso no es ser costalero. Porque si ese es el impulso que les lleva a hacerlo, es probable que tengan que plantearse echar la mirada atrás para recordar qué les hizo la primera vez abrazar el varal o la trabajadera.

Ser costalero significa que cuando tengan sed, quizás no podrán beber; cuando el calor se haga sofocante y el sudor abraza o enfría sus rostros, no se levantarán el verdugillo; cuando estén agotados de fatiga, marcharán; y cuando ya no puedan consigo mismos, soportarán el peso del compañero exhausto y agotado sin esperar nada a cambio. Todo aquel que no entienda esto y que la única vivencia que obtenga sea la de exhibicionismo y la búsqueda del reconocimiento público a la llegada a su

templo, que se plantee qué está haciendo. Porque, desde luego, ser costalero es otra cosa muy distinta. Recuerden que cuando tengan sed, calor, frío, agotamiento... estarán evocando al mismo Cristo, en la medida en que ustedes son discípulos de Él bajo sus imágenes. Y Él pasó sed y calor y frío y cayó sin fuerzas al suelo y como a ustedes a Él también le ayudaron con su carga. Díganme, si esto que les digo no lo han sentido alguna vez en procesión. Y en sus vidas, ¿lo han sentido alguna vez?

Esta última cuestión abre el definitivo asalto con el pregón de este año y a dar un paso más, postulando el último círculo del significado que tiene ser costalero. Miren, el alma del costalero y su espiritualidad, en mayor o menor medida trabajada, no se circunscribe exclusivamente a las vísperas y al tranco de un desfile procesional. Y es que no se es costalero exclusivamente en semana santa. Por que ustedes el día que decidieron serlo se comprometieron con ello para todos los momentos de sus vidas. Aunque hayan cumplido ya la promesa de sacar una "imagen" o la motivación que les llevó a serlo ya haya caducado, en su interior siempre se sentirán costaleros. Porque uno no nace costalero pero, créanme, uno sí muere siendo costalero.

Cuando se asume esta condición y se hace carne en el corazón, es cuando la existencia del costalero, su vida diaria, adquiere una dimensión más importante e intensa.

Cuando explicaba que ustedes representan un modelo humano ante el que la gente siente verdadera admiración, no sólo me refería al hecho de la abnegada dulzura con la que portan sus andas. Digamos que esa es la procesión de cara al foro. Pero cuando ustedes vuelven a sus vidas cotidianas la procesión ha cambiado de enclave y ahora, en rigor, podemos decir que “va por dentro”. Y ante sus familias, amigos, trabajos, problemas... el sinfín de giros que la vida nos presenta, ustedes tendrán que seguir permaneciendo impertérritos, firmes, abnegados, como si de un día de procesión se tratara. Señores costaleros, piensen que su calidad les obliga a sentirse portadores siempre. Porque siempre habrá alguien al que ustedes tendrán que ayudar a levantar su “varal”, siempre habrá algún momento en el que tendrán que pasar “sed”, siempre ocurrirá que un “sudor frío” helará su alma, siempre habrá un momento en el que estén agotados y sin fuerzas para seguir... Pero esto es la vida caballeros, un “hacer y deshacerse al mismo tiempo”, una procesión continua, en la que seguro encontrarán un “Puente Romano” desolado de madrugada, una subida al Calvario totalmente reventado, una calle Santa Eulalia vacía de almas, unas Ramblas sacudidas por la gélida brisa de la noche... Pero también recuerden algo. También habrá alguien que les espere en la llegada, habrá una mirada que les siga con cariño, habrá un hombro que comparta su esfuerzo, alguien que les ofrecerá agua... y seguro que habrá algún Jesús o alguna María con cualquier otro nombre que les aliente y

les ayude a soportar su carga. Porque no lo olviden, ustedes decidieron serlo, ustedes son COSTALEROS.

Para evitar cansarles más, pues ya han aguantado bastante, y siguiendo un poco la tradición de los últimos pregones de concluirlos con algún poema, me van a permitir terminar con unos versos, pocos versos, de un poeta español muy admirado por todos, me refiero a D. Antonio Machado. Son cuatro, sólo cuatro, de la serie *Proverbios y cantares*, pero para qué queremos más cuando es el corazón el que habla y el sentimiento el que escucha. Reza así:

*AYER SOÑÉ QUE VEÍA
A DIOS, Y QUE A DIOS HABLABA;
Y SOÑÉ QUE DIOS ME OÍA...
DESPUÉS SOÑÉ QUE SOÑABA.*

Diego Alonso Picarzo

Jiménez

ESTE PREGÓN HA SIDO LEÍDO EN MÉRIDA, EN EL AÑO DE NUESTRO SEÑOR DE DOS MIL NUEVE, EN EL VIGÉSIMO DÍA DEL TERCER MES Y BAJO EL REINADO DE SU MAJESTAD EL REY DON JUAN CARLOS I DE ESPAÑA.